

# Encuentro conmigo

José Espinoza Castro



## Capítulo 1

Si algo había en el mundo que pudiera apaciguar su desatinada melancolía (regida casi siempre por emergentes vivencias pasadas) era visitar los viejos sepulcros, caminar entre las frías lápidas, buscando aquellos epitafios como si cada uno fuera un trago de aguardiente, deseoso de beberlos y embriagarse entre la amargura de sus letras.

Alguna vez escuché en su propia voz, la descripción de aquel sentimiento que emergía cada que visitaba los viejos mausoleos, lápidas ennegrecidas por el cruel tiempo y las flores secas, más muertas que aquellos difuntos a los que les eran presentadas. Decía sentirse vivo, realmente era en ese lugar rodeado de muerte donde de verdad entendía la vida, pero era todo confuso para mí, pues siempre recitaba los mismos versos de una vieja poesía que aprendió de uno de sus profesores muertos:

"Yo les llamo a los muertos mis amigos y a los vivos mis verdugos"

"Cuantos hay que cansados de la vida, enfermos de pesar, muertos de tedio, hacen reír como el actor suicida, buscando para su mal remedio.

¡Cuántas veces al reír se llora! nadie en lo alegre de la risa fíe, pues en los seres que el dolor devora el alma llora, cuando el rostro ríe"

A pesar de que la obra era larga, tantas veces la recitaba que se quedaron plasmados en mi memoria, los pequeños fragmentos con frases que, no me quedaba de otra que asentir, sintiendo por unos instantes esa melancolía que lentamente me agobiaba, y también me sentía morir, y también los sepulcros me consolaban , pero esto era sólo un instante, pero dolía toda la vida. No podría vivir como él, con ese sentimiento a cada instante, que le carcomía el alma.

Pero lo más extraño, el contraste de todo lo que me decía, era la sonrisa pícaro que le nacía cada que contaba su poesía, o sus pesares. Sentía una inmensa alegría al compartir su pensamiento, y aunque no era precisamente una persona que hablase mucho, parecía que le alegraba aceptar su realidad, pero absurdamente me parecía la paradoja más increíble.

¿Cómo alguien puede alegrarse por sentirse miserable?

Tardé mucho en comprender que si algo le hacía bien, eran los sepulcros, pero no anhelaba jamás la muerte, el quería vivir la vida hasta que llegara el momento que debería recitarle esa poesía que se sabía de memoria desde los 13 años, a la misma muerte. Tardé en entender que la paz del cementerio le daba la tranquilidad que su corazón jamás le daría, pues su pensamiento estaba constantemente sumergido en una tempestad de la

cuál el quería siempre pelear sin abandonar su barco, como si fuera un valiente capitán buscando encontrar y retar a Dios al mismo tiempo.

-Es una apuesta

Siempre decía, con su pícara sonrisa, levantando la ceja. Y vaya que apostaba, se empinaba la vida buscando algo bastante complicado, cuando era tan fácil vivir la vida.

-La vida fácil, no es vida.

A veces yo no estaba de acuerdo, pero sus palabras eran tan simples y sus frases tan cortas, frases con las palabras necesarias que yo no tenía el valor de contradecirlo. Pues en el fondo yo asentaba sin mover la cabeza o soltar palabras. Y con su pícara sonrisa, sin decir palabra me veía y sabía que yo entendía y no tenía respuesta para su pensamiento.

Nos volvimos amigos, y lo veía seguido y platicábamos sobre el misterio de la vida y su crueldad y el escape de la muerte y el descanso eterno. Me gustaba su forma de pensar tan extremista, tan suicida, y aunque yo pensaba muy en el fondo que era un tonto, un cobarde y sobre todo un loco, el siempre sonreía con esa pícara mirada; pues el no quería ni tenía la intención de convencerme, si no de liberar un poco la carga que su alma tenía desde hacía ya, mucho tiempo.

Algunas veces nos encontramos y le invitaba de mi pobre café instantáneo, el jamás negaba tomarlo, yo creía que cualquier acción hacía él, era un recordatorio de que seguía vivo, pues ya se sentía parte del sepulcro, una lápida más, o uno de esos entes que según salen por las noches a lamentar su pesar...

Y eso le dije, -eres un ánima diurna, y ni muerto estás siquiera...

Y el sólo con su risa pícara, veía al vacío. Riendo en sus adentros.

Si yo hubiera sabido que esa sería nuestra última conversación, hubiera comprado más café o me hubiera aventurado a preguntarle el motivo de su melancolía. Pero era algo que a mí nunca me interesó, siempre respeté su derecho al silencio, yo admiraba la forma en que el veneraba su tristeza. Hasta casi me siento convencido, de que la tristeza no daba tristeza, como a él, si no que también le daba alegría...

Supe que lo vieron salir del pueblo una tarde, quería encontrarse con su padre, y yo no entendía, ¿a quién se refería? si él no vivía con nadie hasta donde yo sabía. El no era cobarde, lo entendí al final, el podría caminar bajo la lluvia o el sol ardiente, siempre firme a su pensamiento. Creo que sólo yo comprendía que no había padre, madre o familiar alguno, sólo

quería encontrarse con él, y estar en paz con su melancolía...